

## PARA UNA APROXIMACION SOCIOLOGICA A LA LITERATURA HAITIANA\*

*Ulrich Fleischmann*

La literatura escrita es uno de los elementos mayores de la "cultura" de un pueblo, pero está tradicionalmente juzgada a través de los valores intelectuales y estéticos de la pequeña élite que la produce y la consume. La crítica literaria, parte de esta élite, nacional o internacional, evalúa la obra literaria según los criterios establecidos en el seno de su propio grupo social. La literatura escrita de los pueblos colonizados, diseñada según los géneros literarios de las metrópolis y subordinada a éstos escapa entonces raramente a una comparación, con frecuencia desfavorable. Ahora bien, la creación literaria desempeña en tales circunstancias, a nivel nacional, un rol importante, pero diferente de aquél que aprecian estos críticos.

Para superar esta paradoja, debemos pues ubicarnos al margen del mundo puramente literario y reinsertar a la obra y a su autor dentro de un contexto socio-cultural bien definido. Este paso se impone más aún a propósito de la literatura haitiana, ya que ésta tiene como objetivo explícito corregir la realidad social y material del país. La cuestión de la calidad no se impone sobre el plano estético, pero sí sobre el plano social: se puede considerar a esta literatura como una forma particular de comunicación entre el autor que da consejos y enseñanzas, y un público. La reacción del lector viene entonces a confirmar o modificar la posición del autor, dándole así un medio para juzgar su eficacia que deviene en uno de los criterios de evaluación de esta literatura.

Pero la encuesta<sup>1</sup> revela entonces otra paradoja: aun cuando la mayoría de personas interrogadas sobre la literatura en Haití demanda un compromiso del autor, pocas de entre ellas han leído efectivamente aunque sea una obra de esta literatura. Y, a pesar de los esfuerzos de los escritores, muy pocas cosas han cambiado en Haití gracias a ellos. . .

\* Traducción del francés de Romeo Torrejón Covián.

- 1) Este estudio se basa en parte en una encuesta realizada en 1965-1966, y publicada en: Ulrich Fleischmann: *Ideologie und Wirklichkeit in der Literatur Haitis*, Berlin, Eds. Colloquium, 1969.

Una parte de este texto ha sido redactado por los estudiantes de una universidad de Africa del Oeste, deseosos de conocer mejor las corrientes literarias afro-americanas (ver: *Le Français au Nigéria*, vol. 6, nos. 2 y 3. Dic., 1971). Esto explica que el recuento de los hechos que son bien conocidos por el lector ya familiarizado con la historia de la vida social en Haití sea un tanto sumario.

¿Debemos por ello condenar el criterio de eficacia? La comunicación es rota continuamente por falta de lectores: ¿por qué en estas condiciones el escritor no modifica el tenor de su texto, o no abandona simplemente este medio? Una sola respuesta se impone: el escritor ha cedido a las exigencias del mundo literario exterior, adoptando formas de expresión reconocidas. Ha cedido, igualmente, a las exigencias de un público que le demanda ocuparse de sus problemas. Pero en ambos sentidos fracasa, porque ni es reconocido en el exterior, ni es escuchado por sus compatriotas.

No le queda, entonces, sino el prestigio que irradia la “cultura”, y el “progreso” es tal que el sólo hecho de haber tocado sus dominios asegura al escritor una ascensión dentro de la jerarquía social haitiana. Las intenciones primeras, aquéllas de crear una obra estética y la de cambiar la realidad, permanecen válidas, mas se desvanecen ante la intención secundaria, es decir, la de afirmarse en una posición intelectual. El escritor se convierte así en un escritor sin público, cuya obra no cumple ya su función como tal sino que deviene en una suerte de ritual de iniciación que tan sólo su rol sociológico permite interpretar.

Este desplazamiento de la función de la obra literaria es confirmado por el rol que ella cumple en el plano psico-sociológico. De modo general, la literatura de una sociedad conlleva los modelos según los cuales una sociedad es percibida y juzgada. En principio, al menos, estos modelos sustentan la acción de los individuos y de los grupos y la llevan a convertirse en las imágenes que ellos trazan. Pero para esto es necesario que exista una coherencia entre los modelos ideales y la realidad, es decir, que éstos deban, al menos parcialmente, poder actualizarse en el tiempo y en el espacio accesibles. El surgimiento de una literatura comprometida está en relación con el rechazo de la realidad actual de una sociedad: exigido por el público, el escritor experimenta modelos que deben guiarlo en la aprehensión de una nueva realidad. El escritor haitiano, en lo que le concierne, así como a la mayor parte de los miembros de la capa social a la que pertenece, labra su ideal a base de los modelos de la antigua metrópoli o de alguna otra sociedad a punto de identificarse enteramente con ella. Para que la realidad haitiana se le haga aceptable, será necesario que se transforme hasta semejarse a esta otra realidad. Este divorcio entre lo cotidiano y el ideal soñado impide, pues, que los modelos tengan un impacto sobre la realidad.

Las consecuencias sociales de este estado de hechos son bien conocidas: frustrado por la inaccesibilidad de su ideal, la élite se disocia enteramente de su sociedad y de sus compatriotas. En extremo, esta disociación conduce a la disolución de la élite, tal y como lo ha mostrado el sociólogo haitiano Victor:

“Converse con un haitiano, tomado al azar, de algún problema que convendría superar en la organización o marcha de un servicio público. . . Le responderá que no hay nada que hacer por Haití, que Haití es un país perdido. . . Cómo quiere que esto se supere, le dirá, en una

sociedad donde no hay un solo hombre honesto, ni uno. . . Pero. . .  
quién le habla, ah, él, él es un Caton”<sup>2</sup>

Alejándose de esta manera de una realidad menospreciada, el escritor se ubica como un hombre culto y progresista, lo que le permite acceder a funciones que le ofrecen los medios materiales para adoptar el modo de vida extranjera, al que él aspira. El compromiso, el hecho de llegar a ser un hombre culto y progresista, todo esto es en sí desinteresado, pero en esta situación ello toma el aspecto de un comportamiento egoísta propio de aquél que, no pudiendo alcanzar su ideal conjuntamente con la sociedad, debe al menos realizarlo en el plano estrictamente personal. Vive, entonces, en detrimento del resto de la sociedad, una vida “civilizada” que refuerza su inserción en la élite.

A merced de las circunstancias históricas, la distancia entre la realidad y su imagen ideal ha conocido varias fluctuaciones. Cuando Haití y su élite estaban amenazados desde el exterior (p.e. durante la ocupación norteamericana, o inmediatamente después de la independencia), la imagen de un mundo “blanco” idealizado se transformó en la de un mundo “blanco” hostil. Puesto en duda el modelo, el compromiso devino entonces más realista. Y así incluso después de la independencia, cuando una literatura patriótica trata de infundir al pueblo la noción de unidad nacional, o luego de la agresión norteamericana, cuando la literatura descubre las bases de la bipartición social. Por el contrario, cuando en 1825 Francia reconoce plenamente la independencia de Haití, la élite, de nuevo, torna la mirada hacia este país y entra en un proceso de alienación.

El divorcio entre la realidad y su percepción, abre así una vía para quien desee comprender la evolución del pensamiento haitiano.

Raras son las obras de la literatura haitiana conocidas fuera de Haití; la mayor parte de escritos haitianos no han sido jamás tomados en consideración dentro de la historia literaria de expresión francesa y poca gente sabe que en esta isla perdida, en un medio en el que por igual se habla el español y el inglés, se desarrolló durante los 167 años de existencia de la República de Haití —primera república negra del mundo—, una vasta literatura y, por la cantidad de publicaciones, considerable.

Parece que esta negligencia frente a la literatura haitiana proviene de su inaccesibilidad, en dos sentidos de la palabra: Primero, el tiraje de una obra haitiana raramente sobrepasaba los 600 ejemplares y, con frecuencia, ha sido incluso inferior a este número. Así las publicaciones del siglo pasado son inhalla- bles, aun en Haití; y a excepción de un Seminario Católico en Haití (San Luis Gonzaga), no conocemos ninguna biblioteca en el mundo que disponga de una colección casi completa de la literatura haitiana. En segundo lugar, la literatura haitiana ha estado siempre aislada; se repliega sobre sí misma y no es fácilmente

2) René Victor: *Essai de sociologie et de psychologie haitienne*. Imprenta del Estado, Puerto Príncipe, 1937, p. 42.

te comprensible para el extranjero, ni en sus intenciones ni en su sentido. Para alguien que no conoce al pueblo haitiano, sus problemas, su historia, esta literatura parece cargada de prejuicios incomprensibles, de ataques inconsiderados y de alusiones; o bien parece ser una chata imitación: si se la considera partiendo de valores estéticos occidentales, es fácil condenar una gran parte de esta literatura. Esta interpretación resulta injusta, ya que el escritor haitiano persigue:

- 1) Afirmar su posición social y la ubicación de su país en el mundo, ya que él ve a la educación y a la manifestación de ella, el libro, como uno de sus valores más elevados en esta sociedad y uno de sus mejores medios de contrarrestar los prejuicios sobre la inferioridad del hombre negro.
- 2) Ubicarse en su medio, identificarse como haitiano y como hombre negro, sustituyendo los valores de la civilización francesa por los de la vida haitiana.
- 3) Orientar el pensamiento de sus contemporáneos con el objeto de mejorar la situación de Haití.

La literatura haitiana no puede, pues, ser desligada de su contexto social. Es una literatura comprometida. En el estrecho marco de este análisis no queremos hacer una enumeración de obras o autores haitianos; esto ha sido muy bien hecho por los filólogos haitianos y por A. Viatte<sup>3</sup>. Cada obra haitiana puede ser considerada como una respuesta a las tendencias particulares de la historia social en Haití, pero se trata más bien de seguir la historia literaria de Haití a través de las grandes épocas del pensamiento haitiano:

- 1) Literatura apologética, imitación de la literatura francesa, novela de costumbres (1804-1915): Afirmación del status social de una élite afrancesada.
- 2) Indigenismo (1915-1935): Intento de reconocimiento de una identidad haitiana.
- 3) Literatura de preocupación social (1935 a nuestros días): Intento de transformación del mundo a través de la acción comprometida.

La literatura en Haití es un fenómeno sorprendente. En una primera apreciación de las condiciones de la vida intelectual en Haití nos preguntamos ¿cómo puede tener este país una tradición literaria? La nación haitiana fue creada

3) A. Viatte: *Histoire littéraire de l'Amérique française des origines à 1950*. Prensas Universitarias Laval y París, 1954.

Hay historias literarias por los siguientes autores haitianos:

Duraciné Vaval ("Histoire de la littérature haitienne ou l'âme noire" –Historia de la literatura haitiana o el alma negra–, Puerto Príncipe, 1935); Ghislain Gouriage ("Histoire de la littérature haitienne" –Historia de la literatura haitiana –, Puerto Príncipe, 1961); Fardin Jadotte ("Cours d'histoire de littérature haitienne" –Curso de historia de la literatura haitiana–, Puerto de Paz, 1965); Pompilus Frères de l'Instruction Chrétienne ("Manuel illustré de la littérature haitienne" –Manual ilustrado de la literatura haitiana–, Puerto Príncipe, 1961) y otros, que tratan de aspectos particulares de la literatura haitiana.

por esclavos (algunos cientos de miles), rebeldes y analfabetos, quienes lograron expulsar a sus amos franceses de la parte oeste de la isla de Santo Domingo después de 12 años de intensa lucha. Un nuevo estado fue entonces creado, cuyo primero presidente, Dessalines, apenas sabía escribir su nombre. Como la colonia había estado orientada enteramente hacia la producción de azúcar, los medios de educación resultaban muy limitados para los emancipados, y nulos para los esclavos; las pocas escuelas e instituciones culturales habían sido destruidas por la guerra. Lo peor fue el aislamiento que soportó el país en el comienzo de su independencia.

En las islas vecinas no se encontraba sino colonias cuya mayor parte dependía económicamente del trabajo de los esclavos; y los países “civilizados”, que eran también los países colonialistas, no tenían ningún interés en apoyar a una colonia rebelde y menos aún en ayudar a las autoridades haitianas en la tarea de educar al pueblo, ya que cada negro “civilizado” podía ser un argumento contra la tesis de la inferioridad innata de la raza negra, tesis desarrollada para justificar la esclavitud. No habían ni instituciones religiosas que, como en otros países, habrían podido establecer los cimientos para los primeros centros escolares, ya que la Iglesia Católica que dominaba durante la época colonial no reconoció a Haití sino 60 años más tarde.

Sin embargo, la sed de educación de este país era considerable. El autor haitiano Sylvain nos ofrece una entusiasta descripción:

“La admirable época, en verdad, cuando las insignificantes hojas salvadas de las bibliotecas coloniales de la destrucción eran objeto de una veneración casi religiosa; cuando se iba, como en peregrinaje, a consultar a la casa del Jefe de Estado un ejemplar de la Enciclopedia, la única gran obra escapada de la tormenta revolucionaria; cuando cada loggia masónica hizo de las tertulias literarias, los brindis, las fábulas, las oraciones fúnebres, el esbozo de lo que más tarde serían las escuelas de enseñanza mutua; cuando para calmar el ardiente ímpetu de la juventud, Desrivière Chanlatte, director de la Imprenta Nacional de Puerto Príncipe, escribía memorias, componía e imprimía él solo un compendio de Gramática Francesa, difundido por millares, que resultaba insuficiente a las demandas”<sup>4</sup>.

Esta ansia de saber se explica por dos razones:

1) La constitución de la nación fue considerada por los haitianos como una posibilidad para demostrar al mundo “blanco” que todos sus prejuicios contra el negro eran falsos; puesto que la mayor parte de prejuicios insistían sobre la inferioridad intelectual del negro, el objetivo declarado de la joven nación era demostrar que el negro, en libertad, puede realizar las mismas proezas que el blanco. La educación era, pues, necesaria para que Haití fuese respetada en el mundo.

4) Georges Sylvain: Prefacio a Etzer Vilaire *Années tendres*, Librairie Fischbacher, París, 1907, p. XXVII.

2) La primera elección y las primeras distinciones sociales dentro de la masa heterogénea de los vencedores de 1804 resultaron de la necesidad de poner a la cabeza del nuevo estado a gente que tuviera un mínimo de educación. Esta necesidad y los medios restringidos para adquirir una formación condujeron directamente al desastre social haitiano: se favoreció a la pequeña casta de los “evolucionados”, el Estado puso todo en acción para crear algunas escuelas restringidas a una minoría privilegiada. La Educación devino en el valor supremo de la nueva jerarquía haitiana, y la pequeña clase culta, que se veía como “la élite”, menospreciaba a sus compatriotas “primitivos”.

Convertido en un símbolo de posición social, la educación perdía todo su valor real y práctico. Tener educación significaba poseer ciertos conocimientos del latín y del griego, de filosofía y literatura francesas, mas no estar capacitados en las cuestiones importantes para el pleno desarrollo de la comunidad haitiana. En consecuencia, durante el primer siglo, Haití fue gobernada por un pequeño grupo exclusivo, cuyo único deseo era trasponer el estadio “haitiano” —es decir, la condición de aldea—, para devenir “francés y hacer olvidar el color de la piel”.

Hasta nuestros días, el 90 % de haitianos es iletrado. Del resto, la mitad no tiene sino una educación rudimentaria. Aun un cálculo optimista permite decir que no ha habido nunca más de 200,000 personas —entre los cinco millones de haitianos de hoy en día— que sean capaces de participar de una literatura crítica, sea como autor, sea como lector.

Pero la fecundidad literaria de esta élite es sorprendente: una bibliografía de 1951 destaca más de 5,000 publicaciones de autores haitianos<sup>5</sup>. La mayor parte de estos escritos tiene un carácter didáctico, científico y polémico y es difícil establecer una frontera entre la literatura, en el estricto sentido del término, y el resto, ya que, como en toda literatura comprometida, la creación de una obra es frecuentemente una forma de expresar las tesis que estaban ya formuladas en las obras abiertamente didácticas. La *Bibliografía neo-africana* de Janheinz Jahn intenta distinguir a la literatura propiamente dicha de las otras formas. Clasifica 285 publicaciones haitianas dentro de los géneros literarios tradicionales: 181 compilaciones de poesía, 57 novelas, 27 piezas de teatro, 14 compilaciones de novelas cortas y 3 obras donde los géneros están mezclados. Esta clasificación parece artificial. En muchas obras, tales como *Les théoriciens au pouvoir* (Los teóricos al poder) de D. Delorme y *Le vieux Piquet* (El viejo Piquet) de Louis-Joseph Janvier, la parte narrativa sirve solamente de marco, y lo esencial son los largos pasajes didácticos. En la bibliografía de Jahn encontramos registrada, por ejemplo, a la primera de estas novelas, mas no así la segunda<sup>6</sup>.

5) Max Bissainthe: *Dictionnaire de bibliographie haitienne*. The Scarecrow Press, Washington, DC, 1951.

6) Janheinz Jahn: *Bibliographie Néoafricaine*. Diederichs, Düsseldorf, 1965.

El considerable número de publicaciones haitianas debe ser visto en relación con la significación de la educación en el contexto social haitiano: siendo considerada la educación como medio para alinear a Haití con las naciones “civilizadas” y por consecuencia como indicador de la posición del individuo en su propio contexto social, no era solamente cuestión de ser educado, sino dar pruebas de ello. La literatura era, pues, una manifestación de la educación frente al mundo ‘blanco’ hostil y la afirmación de un individuo que, demostrando su educación, afirmaba su posición importante en la gestión de la administración o incluso del Estado. El escritor haitiano no es pues, como en la literatura europea, el individuo desconocido, solitario, que crea su obra genial al margen de la sociedad. Es un personaje típico con un status social determinado. Si se examinan las trayectorias de los 99 autores haitianos más conocidos se descubre que ellas se parecen de una manera sorprendente: casi todos comienzan por los estudios jurídicos, en seguida se convierten en profesores, en periodistas y terminan ocupando puestos importantes dentro de la administración o de la política —lo que viene a ser casi la misma cosa. No hay un solo comerciante entre ellos, aun cuando el comercio sea una de las ocupaciones principales de la élite. Esta significación social de la literatura es, pues, la razón de la enorme cantidad de publicaciones en Haití. El interés comercial es nulo: el autor publica su libro con sus propios medios y con frecuencia, lo distribuye gratuitamente.

### De la independencia a la ocupación norteamericana

La literatura haitiana, de 1804 a 1915, ha estado dominada por las tendencias principales de la élite de la época: se quería demostrar, directa e indirectamente, que el haitiano negro era capaz de crear la misma literatura que el blanco. El blanco era el francés y, durante el primer siglo de la Independencia, los haitianos cultos se sentían obsesionados por Francia: se vestía, se comía, se pensaba a la manera francesa y, sobre todo, se escribía poesía imitando las escuelas francesas a la manera romántica parnasiana o simbolista, una multitud de poetas evocaba a las musas griegas, a los paisajes bucólicos; se lamentaba uno de su suerte o acerca de la pérdida de la mujer amada, se ejercitaba el espíritu en exquisiteces, es decir, se “*faisait de l'esprit*”.

Entre estos poetas menores se descubre, no obstante, a un Oswald Durand (1840-1906), que rebasaba el modelo usado situando su lirismo personal en el paisaje haitiano y no tenía temor alguno de insertarle comparaciones sacadas del folklore y el vocabulario locales.

Una referencia más directa a la situación social de la joven nación incide en la poesía heroica y patriótica, que trasponiendo la historia reciente intentaba ocultar o sobreponer la escisión entre “antiguos libres” y “antiguos esclavos” para mantener un espíritu de defensa contra un ataque eventual. Guardó cierta actualidad hasta el reconocimiento de la Independencia haitiana por Francia en 1825; más tarde la evocación de la unidad y del espíritu de defensa se perdió

en una retórica que contrastaba cada vez más con la discordia real que reinaba en el seno de la nación.

Para el resto, la poesía del siglo pasado no tiene sino un valor histórico y sociológico. Testimonia los esfuerzos desesperados de un grupo para evadirse de su medio social y para atribuirse otra identidad. En el prefacio de estas compilaciones y en las obras teóricas, la intención de esta poesía aparece evidente. Un contemporáneo, George Sylvain dice de la poesía de uno de estos poetas, Etzer Vilaire (1827-1951), que ella prueba que:

“a menos de cuarenta años de la ruptura con la madre patria, la República haitiana contaba con una élite culta, capaz de comprender e interpretar todos los refinamientos del pensamiento francés”<sup>7</sup>

La base de este comportamiento de la nueva élite haitiana es siempre la herencia colonial: el complejo de inferioridad del antiguo esclavo negro para con su antiguo amo —a quien no obstante ha vencido. Durante esta época muchas obras fueron escritas en las que los autores más conocidos de su época, como Anténor Firmin, Louis-Joseph Janvier, Hannibal Price, intentaban demostrar por todos los medios —la polémica y la ciencia— que el hombre negro de Haití es igual al hombre blanco. Firmin en su obra *De l'égalité des races humaines* (De la igualdad de las razas humanas) (1885) cita como ejemplos a los escritores de Haití. Dice acerca de las obras de su compatriota Janvier:

“Cualquiera sea la apreciación que se pueda hacer, en ellas descubro la manifestación de un carácter absolutamente europeo”<sup>8</sup>.

Resulta grotesco ver como en el afán por defender a la raza negra, Firmin admite indirectamente la superioridad de la raza blanca al señalar que en Haití la raza negra se ha superado; quiere probarlo citando al escritor haitiano Ducas-Hippolyte:

“Para mí resulta admirable hasta qué punto esta naturaleza de hombre negro que uno dice embrutecido completamente, ha podido afirmarse, transformarse y llegar a ser esta bella personalidad intelectual y moral, cuyo inmortal hombre joven ofrecía el ejemplo”<sup>9</sup>.

En las obras de teatro reencontramos frecuentemente al personaje prototipo de un escritor haitiano que asombra a Francia por su cultura, aun siendo este personaje gratuito o demasiado artificial para el desarrollo de la intriga. En el drama histórico *La Crête-à-Pierrot* (La Cresta-de-Gorrión), en el que el autor quería describir una de las batallas decisivas de la revolución haitiana, el autor se ciñe cuidadosamente a la realidad histórica. La única manipulación es la inclusión de Boisrond-Tonnerre, que fue el primer escritor haitiano, pero que no par-

7) Georges Sylvain: Op. cit., pp. XXVII-XXVIII.

8) Anténor Firmin: *De l'égalité des races humains*, Librairie Cotillon, 1885, p. 467.

9) *Ibid.*, p. 444.

ticipaba en esta batalla. El autor se excusa en el prefacio por haber manipulado la verdad histórica:

“Me hacía falta, en medio de estos soldados representantes del heroísmo militar de la raza, alguien que personificara el espíritu”<sup>10</sup>.

La función de Boisrond-Tonnerre en el drama es la de sorprender a un planador blanco lleno de prejuicios, que debe admitir en una discusión con el escritor:

“... vuestra lengua es un arma!  
Dice usted exquisiteces, señor, que es un encanto.  
Yo no me lo esperaba —sí, usted habla como un francés”<sup>11</sup>.

Otras piezas de teatro como aquéllas de Dominique Hippolyte (nacido en 1889) presentaban un retrato exagerado de su pequeño mundo, sin común mesura con sus intenciones, donde los sentimientos exaltados, una moral de pequeño burgués francés y sobre todo las discusiones eternas sobre el arte estaban de moda.

André, el héroe del drama *Le baiser de l'ateul* (El beso del abuelo), escribe una pieza de teatro “L'amour vainqueur” (El amor triunfante) y funda un círculo literario, donde, por ejemplo, se discute el estilo de una oración fúnebre:

“En efecto, un buen fragmento... a la manera de Anatole France”<sup>12</sup>.

Uno de sus amigos parte en viaje a Francia y al despedirse le dice a André:

“No olvidaré las tardes deliciosas pasadas en vuestra compañía escuchando a Chopin y a Beethoven”;<sup>13</sup>.

el estilo de conversación de estos amigos es muy significativo de la existencia de una imitación del gusto francés comprendido a medias.

André: “Señores, os recibo aquí para que conmigo podáis gozar del claro de luna.

Liémont: Es exquisita, esta noche.

Laurel: Y el suave perfume del jazmín y la flor del naranjo que trae la brisa la hace más deliciosa aún”<sup>14</sup>.

Estas líneas testimonian de lo mejor esta tendencia característica de la élite haitiana a evadirse de la realidad: guerras civiles incesantes, economía en quietud

10) Charles Moravia: *La Crête-à-Pierrot*, J. Verrolot, Puerto Príncipe, 1908, p. IV.

11) *Ibid.*, p. 58.

12) Dominique Hippolyte: *Le baiser de l'ateul*. Ed. de la Revue Mondiale, París, 1924, p. 92.

13) *Ibid.*, p. 55.

14) *Ibid.*, p. 59.

bra. Los mismos hombres que condujeron a su país al abismo de 1915, mantenían en su poesía una pequeña vida ideal,

“por la necesidad de olvidar a través del ejercicio literario, las guerras que entonces asolaban al país, las intrigas mediocres y esta política del sable donde el espíritu estaba excluido”<sup>15</sup>.

Aparte de una novela alegórica, *Stella* de Eméric Bergeaud (1818-58), otra sentimental de Janvier, *Une chercheuse* (Una buscona), y las novelas de D. Delmore que —hecho significativo— se desarrollan ya sea en Oriente o en Suiza, no hubo novela en prosa en el curso del siglo XIX. Después, en los primeros años del siglo XX, aparecieron en una rápida cadencia, una decena de novelas que, escritas por tres autores diferentes (Frédéric Marcelin, Ferdinand Hibbert y Justin Lhérisson), tenían mucha semejanza. Por el estilo y las intenciones podían ser considerados como la afirmación de la primera escuela literaria típicamente haitiana; se puede, sin embargo, descubrir en ellos muchas semejanzas con los novelistas franceses del siglo XIX, particularmente con Balzac.

El diseño de estas novelas es simple: los autores presentan dos concepciones de la política en Haití: una, la ideal, está encarnada por el político honesto, desinteresado y, naturalmente, muy culto; la otra, es la realidad, representada por el político haitiano de su época: oportunista, corrompido y sobre todo inculto. Entre estos dos polos, el ideal y el real, se manifiesta el héroe que es, por así decirlo, un aprendiz de político y que termina por hacerse bueno o malo.

La intención educativa de estas novelas es evidente, y para aquél que no la entiende, el autor introduce extensas explicaciones didácticas, ya que el lado fuerte de estas novelas no está en la presentación del ideal político, sino en la descripción de la realidad haitiana: con una voluptuosidad sardónica el autor la lleva hasta la sátira costumbrista. El efecto cómico es producido generalmente por el contraste entre la ignorancia del politiquillo advenedizo, salido del pueblo, y su ambición por penetrar en la sociedad de Puerto Príncipe, una sociedad donde el culto al saber es llevado al extremo. Así, él trata de disimular su ignorancia, como Liézer Petite-Caille, quien, venido a rico gracias al matrimonio, imita el comportamiento de la élite:

“Aun teniendo en su casa una biblioteca llena de grandes y bellos libros, su bagaje intelectual era pobrísimo. En gramática, había retenido, entre otras reglas, aquellas concernientes a ‘Amor’, ‘Delicias’ y ‘Organo’, y el participio entre dos ‘que’; manejaba a la perfección el imperfecto de subjuntivo: los ‘assiez’, ‘issiez’, ‘assions’ fluctuaban abundantemente de sus labios”<sup>16</sup>.

Pero no nos equivoquemos: no es tanto la imitación de lo francés en sí lo

15) Ghislain Gouraige: Op. cit., p. 168.

16) Justin Lhérisson: *La famille des Petit-Caille*. Impr. de Las Antillas, Puerto Príncipe, 1963, pp. 27-28.

que el autor refuta aquí, sino únicamente la imitación mal hecha. Desde que Hibbert o Marcelin abordan la descripción de su ideal político, la sátira sabrosa cambia y se convierte en una descripción sosa; uno remarca fácilmente que esto no resulta de la observación maliciosa, sino de un ideal inoperante. El Político ideal es rico y culto, pasa su vida entre la acción política bienhechora y la cultura del espíritu:

“Claude Sartène, un negro de inteligente y voluntariosa fisonomía, de espíritu cultivado y altivo, afectaba tal vez con esa actitud de distanciamiento para con sus compatriotas”<sup>17</sup>.

Todo está allí, incluso la distancia frente a un país y a los hombres que el haitiano culto debe condenar para mostrar su buen gusto. Naturalmente Claude Sartène y sus amigos viven más en París que en Haití: el fatal acontecimiento de la alienación de la élite era considerado como una virtud. El político advenedizo, viaja también a París, pero qué diferencia!

“Con sus mil dólares, Altidor hizo su pequeño viaje a París como cualquier otro individuo. Sólo se sorprendía que se hubiese jactado tanto de esta ciudad que, según él, era una ciudad sin absolutamente nada de extraordinario. En fin, tres cosas impactaron su espíritu en París: El Moulin Rouge, las casas de tolerancia y la morgue, ah, iba a olvidar las alcantarillas”<sup>18</sup>.

En Haití que aparece en estas novelas es un país bárbaro, detestable, con el que el haitiano de buen gusto no quiere tener nada en común: lo utiliza, para enriquecerse y para poder retirarse lo más antes posible hacia su Francia querida. En esta época era proverbial decir: “No hay nada que hacer con Haití, Haití es un país perdido”. Esta resignación que era característica del haitiano “evolucionado” se manifiesta en todas estas novelas a través de lo trágico. El político ideal fracasa y el hombre culto triunfa:

“En la política, Sirius Neptune y Philippe Auguste han realizado sus ambiciones de valores improductivos, fueron en algún tiempo ministros, se ha sonreído y eso fue todo”.

“Por el contrario, Pascal Larcher no es nadie, hace ron blanco en una provincia y, de vez en cuando, publica estudios plenos de nuevos puntos de vista y desbordantes de sabiduría, apreciados solamente por algunos espíritus exquisitos”.

“Claude Sartène tampoco es nadie, da lecciones particulares en casa de algunas familias y, más altivo que nunca, ‘ignora’ voluntariamente todo aquello que tenga relación alguna con la vida pública y privada en Haití”<sup>19</sup>.

Hoy en día esta literatura, sobre todo la poesía, es casi desconocida, incluso en Haití. La élite hoy en día no es evocada sino con disgusto, porque, con razón,

17) Fernand Hibbert: *Séna*. Impr. Chéraquit, Puerto Príncipe, 1923, p. 90.

18) *Ibid.*, p. 58.

19) *Ibid.*, p. 314.

se le atribuye la responsabilidad de los acontecimientos de 1915: luego de cien años de guerras civiles casi sin interrupción, la economía del país estaba a tal punto arruinada que los Estados Unidos invadieron el país so pretexto de asegurar el pago de las deudas haitianas contraídas con los bancos norteamericanos. Bajo las botas de los soldados norteamericanos el antiguo ideal de cultura francesa se desplomó y una nueva generación descubrió que los haitianos habían vivido en un mundo de fantasía y que habían ignorado la realidad de su país. De pronto los jóvenes se percataron que Haití no era Francia, sino un pequeño país de América Central, al lado de un poderoso vecino que se burlaba de su cultura francesa. Comprendían que esta pretensión cultural y todos esos intentos por afrancesarse tenían poca importancia a los ojos de los norteamericanos: para ellos los haitianos eran simplemente negros, negros a quienes se les dejaba librar guerras civiles tanto tiempo como compraran armamentos a no importa qué precio, y a quiénes se les aplastaba cuando ya no podían pararlas.

El gusto del haitiano por la literatura se mantuvo, pero a partir de 1915 no se la consideró ya como medio de hacerse “francés”.

La nueva literatura debía ser indígena, debía servir a un fin: el de descubrir una identidad nacional haitiana, una identidad por la que el haitiano podría oponerse a la presión norteamericana. Esta nueva literatura que nació durante esta época tenía un programa formulado y un nombre que contenía todas las aspiraciones de la nueva generación: se la llamaba Indigenismo.

### La literatura después de la ocupación norteamericana

La invasión de las tropas norteamericanas en 1915 (debían permanecer veinte años en Haití) constituyó un choque para la élite haitiana que se obstinaba en ignorar que vivía en América Central en condiciones políticas y sociales determinadas y no en Francia. De hecho, luego de la segunda guerra mundial, las relaciones con Francia fueron interrumpidas y nunca más retomaron el vigor de antaño. Al mismo tiempo, los habitantes se vieron confrontados a un poder que reemplazaba ante sus ojos la “cultura” por la “civilización” y la erudición por el pragmatismo. En particular la administración norteamericana, preocupada en hacer economías y concentrar todos sus esfuerzos para desarrollar la agricultura, única fuente de rentas en el país, cerró todas las instituciones de enseñanza superior. A los ojos de los haitianos esta medida fue entendida como una manifestación de prejuicios raciales de los norteamericanos que querían hacer de Haití “una nación inferior de aserradores de madera y cargadores de agua”<sup>20</sup>.

Se puede decir pues que la utilización de la literatura como instrumento de oposición a los norteamericanos considerados incultos, como prueba de la capacidad intelectual del negro haitiano, explica su nuevo impulso después de 1915.

20) Dantès Bellegarde: *Résistance haitienne*. Montreal, 1937, p. 112.

Esto no se hizo sin cambios. En la base del indigenismo se encontraba una capa social que se consideraba desheredada; ésta había elegido a la literatura como un medio relativamente discreto para atacar al opresor o a su representante. Este grupo estaba integrado, de un lado, por los jóvenes que fueron expulsados de las escuelas superiores y que no veían posibilidad alguna para lograr su objetivo supremo: la educación; y, por otro, por la burguesía negra, cuya importancia y medios eran más considerables y que ya en el curso del siglo precedente habían logrado conquistar un lugar dentro de la escala social dominada por los mulatos. Cuando el gobierno norteamericano decidió reorganizar la administración haitiana y las instituciones parlamentarias, favoreció a los mulatos más identificados con él, al parecer. Frente a esto, los jóvenes de la burguesía negra, frustrados en sus tentativas de ascensión social, se solidarizaron con la masa popular, igualmente negra, atacando la conducta de los mulatos en el plano cultural; en particular, se les reprochaba por ser los causantes de la crisis haitiana. Haití, decían, no fue destruida por una clase nativa hostil a la civilización, sino por una élite ignorante de la realidad haitiana, sin principio alguno de nacionalismo. Lo que es más, estos mulatos no se contentaban con ser los responsables de la crisis haitiana, sino que colaboraron con el enemigo. En consecuencia, para contrarrestar su acción, era necesario cambiar la mentalidad haitiana; una educación nueva fundada en la literatura, debía sobrevenir, concluían los jóvenes burgueses negros.

El primer y más célebre defensor de esta reorientación cultural fue el joven Jean Price-Mars que, sin ser escritor propiamente dicho, fue, sin embargo, para numerosos escritores haitianos “la estrella que debía guiarnos, mostrarnos la clara senda, luminosa”<sup>21</sup>. Sin embargo, él se consideraba a sí mismo como historiador y etnólogo y su meta primordial era la revalorización de la “cultura africana” en Haití, siguiendo con esto el ejemplo dejado por Frobenius y Delafosse, cuyas obras habían aparecido hacía poco. Para lograrlo, describió la vida de los aldeanos según esquemas utilizados en Europa: filosofía, religión, etc. Sin embargo la utilización de estos términos a propósito del aldeano “bárbaro” constituía, por sí mismo, una verdadera declaración de guerra frente a la élite. En el prefacio de su primera obra *Ainsi parla l'oncle* (Así habló el tío) (1928), no ocultaba sus intenciones y acusaba en particular a la sociedad haitiana de “bovarismo colectivo” —es decir—, “la facultad de una sociedad a concebirse como otra que no es”. Como remedio a este “paso singularmente peligroso”<sup>22</sup>, proponía:

“Acepte, pues, el patrimonio ancestral (africano) como un bloque. Dé-le la vuelta, péselo, examínelo con inteligencia y circunspección, y verá, como en un espejo roto, reflejada la imagen reducida de la humanidad entera”<sup>23</sup>.

21) Kléber Georges-Jacob, en: *Témoignages sur la vie et l'oeuvre du Dr. Jean Price-Mars*. Puerto Príncipe, 1956, p. 237.

22) Jean Price-Mars: *Ansi parla l'oncle*, 2da. ed. New York, 1954, p. 11.

23) *Ibid.*, p. 221.

Estas ideas fueron profundizadas en las obras que siguieron (*Formation ethnique, folklore et culture du peuple haïtien* —Formación étnica, folklore y cultura del pueblo haitiano—, publicada en 1939 y otras) y aplicadas inmediatamente a la literatura. En 1937, jóvenes escritores e investigadores haitianos (entre quienes figuraba François Duvalier, el futuro Presidente de Haití) constituyeron un grupo “Les Griots”. (Se sabe que esta palabra designa en Africa Occidental a la casta de narradores ambulantes que transmiten la literatura oral). En el periódico del mismo nombre que tuvo una vida fugaz, como la mayoría de periódicos literarios en Haití, precisaban sus concepciones en materia literaria:

“Nosotros, los griots haitianos, debemos cantar al esplendor de nuestros paisajes, a la dulzura de los albores de abril zumbante de abejas y que tienen el perfume aromatizado de vainilla de los kénépiers en flor, a la belleza de nuestras mujeres, a las proezas de nuestros ancestros, estudiar apasionadamente nuestro folklore y recordar que cambiar de religión es aventurarse en un desconocido desierto, que adelantarse a su destino es exponerse a perder el genio de su raza y sus tradiciones”<sup>24</sup>.

Así se expresaba su programa: revalorizar todo lo que es haitiano, desde el paisaje, los árboles, las flores tropicales, la belleza del hombre negro, su historia, su folklore, hasta la religión vudú (invocando incluso a los intelectuales haitianos, a no abandonarla).

Es pues en función de estos temas que fueron escritas las novelas de esta época, novelas clasificadas ulteriormente de “indigenistas”<sup>25</sup>. Se percibe en ellas descritas extensamente las costumbres aldeanas, la religión, o bien los paisajes haitianos; el tono, bastante neutro, es el de una descripción aparentemente objetiva, excepto, sin embargo, en lo que a la evocación de la miseria aldeana concierne. Mas las soluciones propuestas resultan ineficaces: se está lejos aún de atacar abiertamente a la burguesía explotadora. Por el contrario, en casi todas las novelas de este período, las descripciones folklóricas adquieren tal magnitud que la ficción poética da lugar a obras de carácter etnográfico, como en Prince-Mars, con detalles sobre las ceremonias vudú, los lamentos, los juegos, etc. . . . Evidentemente la calidad literaria sufre gran desmedro y el lector termina por cansarse ante las dificultades de retomar el hilo de la acción. Es por esto que las novelas de Cinéas y Savain no conocieron sino un muy limitado éxito: incluso la primera novela de Jacques Roumain, *La montagne ensorcelée* (La montaña embrujada) (1931), escrita a la manera indigenista, se difumina frente al éxito de su obra magistral: *Gouverneurs de la rosée* (Gobernadores del rocío) (1944).

24) Carl Brouard: “Que son les Griots?” en: *Les Griots*, No. 4, 1939, p. 467.

25) Sobre todo las novelas de Jean-Baptiste Cinéas, Pétion Savain, Milo Rigaud y de un precursor, Antoine Innocent. El término *Indigenismo* nos parece sin embargo un poco impreciso, ya que las novelas socialistas algunas veces fueron también clasificadas como *indigenistas*, probablemente para encubrir sus intenciones reales. Hablamos pues aquí de un *indigenismo* “puro”.

La aparición de esta novela marcaba en efecto la muerte del indigenismo “puro”, que no produciría más que las tres curiosas novelas de los hermanos Marcelin, *Canapévert* (Canapé-verde) (1944), *La bête de Musseau* (La bestia de Musseau) (1946) y *Le crayon de Dieu* (Lápiz de Dios) (1925). Pero incluso en ellas se revelan los signos del ocaso del indigenismo: los nativos son representados como seres salvajes y crueles que se sirven del vudú, cuya eficacia no es puesta en duda, para exterminarse. En definitiva pues, las ideas indigenistas así expresadas lo graban un fin opuesto a sus intenciones; para aquéllos que no conocían nada de la vida del nativo haitiano, la novela indigenista no hacía sino satisfacer una curiosidad exótica y profundizar un poco más los prejuicios desfavorables.

En poesía el indigenismo se manifestó por una variante interesante. Buscando menos que la novela explicar la realidad, la poesía se convirtió en un refugio para soñar con Africa (excepto los extensos lamentos de esclavos o indios, de la mujer o de los paisajes de Haití). Se evocaba, según la expresión de A. Viatte, un “retorno al Africa”<sup>26</sup>, pero a una Africa irreal, de paisajes casi bucólicos, poblada de salvajes desnudos. Se trataba de hecho del intelectual desgarrado entre las exigencias de un modernismo a ultranza y el temor de perder su personalidad, de la nostalgia de un período de simplicidad desaparecida para siempre. Carl Brouard, uno de los griots, designaba a este sentimiento de nostalgia por una nueva expresión: “La negritud de nuestras almas”<sup>27</sup> y precisaba:

“Tus hijos perdidos te saludan, madre Africa. De las Antillas a las Bermudas y de las Bermudas a los Estados Unidos, suspiran por ti. Sueñan con los baobabs, con los azulados árboles de la goma cubiertos de vuelos de tucanes. En las noches de sueño, Tombuctú es un ónix misterioso; un diamante negro, Abomey o Gao”<sup>28</sup>.

Claude Fabri expresaba el mismo sentimiento en este poema:

“No sé por qué  
Quisiera ser esta tarde  
el hirsuto ancestro  
que antaño, en medio del misterio del extenso matorral  
danzaba abstraído, libre y desnudo”<sup>29</sup>.

Jacques Roumain también evocaba este sueño en un poema bastante conocido:

“Es el lento camino de la Guinea  
La muerte por allí te conducirá.  
He aquí las ramas, los árboles, el bosque. . .”<sup>30</sup>.

26) Título de un capítulo en A. Viatte: *Histoire littéraire de l'Amérique française*. París, 1954.

27) Citado según R. Gaillard: *La destinee de Carl Brouard*. Puerto Príncipe, 1966, p. 41.

28) *Ibid.*, p. 58.

29) Claude Fabri: *L'âme du lambi*. Puerto Príncipe, 1937.

30) J. Roumain: “Guinée” en: *Oeuvres choisies*. Moscú, 1964, p. 162.

Esta actitud frente a Africa y el empleo del término “negritud” nos lleva a plantearnos esta pregunta: ¿Cuáles fueron las relaciones entre la Negritud y el Indigenismo haitiano? Senghor, en lo que le concierne, responde a esta interrogante rindiendo homenaje a Price-Marx por “los tesoros de la negritud que él había descubierto sobre y en la tierra haitiana”<sup>31</sup>.

Sin ánimo de emprender una discusión en profundidad acerca de este asunto, podemos constatar que, en tanto se mire a la Negritud como un movimiento literario cuyo fin era el de convertirse en un “instrumento eficaz de liberación”<sup>32</sup> se puede fácilmente descubrir analogías entre estas dos escuelas, nacidas en circunstancias políticas y sociales similares, en particular la manumisión imperialista y la discriminación racial. Así, el haitiano culto tenía que afrontar los mismos problemas que el africano culto: despersonalización, desestimación de los orígenes de la cultura tradicional, complejo de inferioridad. A males similares no es extraño que se le haya buscado idénticos remedios. Por lo tanto parece difícil establecer las relaciones directas, ya que el Indigenismo había precedido a la Negritud y no era conocido por los africanos cultos. Si se define a la Negritud como “el conjunto de valores de la civilización del mundo negro”<sup>33</sup>, la discusión no tiene razón de ser y se torna en una cuestión únicamente de terminología. Sin embargo, aquéllos que en adelante quisieran establecer las afinidades entre la literatura africana y la de Haití utilizando como argumento el hecho de que ambas han sido creadas por la raza negra, deberán tener en cuenta los elementos siguientes:

- 1) De una parte, queriendo explicar las similitudes entre la Negritud y el Indigenismo por un origen racial común, uno se aventura sobre un terreno donde ninguna prueba puede ser provista; lo que es más, uno se topa con los desmentidos de la sociología y de la psicología contemporáneas.
- 2) De otra parte, hay una diferencia notable en lo que concierne a la actitud de los intelectuales haitianos y la de los intelectuales africanos respecto de su pasado africano: el africano quiere resucitar a las civilizaciones africanas desaparecidas, el haitiano reencontrar lo que él imagina como una vida primitiva y salvaje.
- 3) Además, los escritores indigenistas buscaban afirmar una personalidad que fuese ante todo haitiana y no africana; así lo testimonia esta declaración:

“... fuimos acusados de predicar el retorno a Africa porque preconizábamos el estudio de nuestros orígenes, el conocimiento, la revalorización de nuestro folklore, ver incluso su integración en la vida nacional con la intención de conferir una personalidad colectiva al hombre haitiano”<sup>34</sup>.

31) L.S. Senghor, en *Témoignages*, ..., op. cit., p. 3.

32) L.S. Senghor, citado por L. Kesteloot: *Les écrivains noirs de langue française*. Bruselas, 1963, p. 114.

33) L.S. Senghor: *Negritude, Arabisme, Francité*. Beirut, 1967, p. 4.

34) Lorimer Denis y François Duvalier: *Le problème des classes à travers l'histoire d'Haiti*. Puerto Príncipe, 1958, p. XI.

Examinemos, para cerrar el estudio del Indigenismo, las consecuencias de esta doctrina sobre la política haitiana actual. La escuela Indigenista tenía, lo hemos constatado, un fundamento político que había sido rechazado por la represión norteamericana. Este elemento político reapareció en 1958 cuando el doctor François Duvalier, uno de los primeros indigenistas, convertido en Presidente de la República, comenzó a imponer una ideología de su propia invención: el Duvalierismo; esta ideología traducía de hecho la reacción política de la burguesía negra, luego de las frustraciones de las que ella había sido objeto durante la ocupación norteamericana. Duvalier exigió y obtuvo: el retiro de los políticos mulatos considerados como alineados frente a los norteamericanos, la toma del poder político por la burguesía negra, la promoción de elementos negros de la población haitiana considerados como verdaderamente haitianos y una toma de posición nacionalista en el plano cultural; todas estas medidas se combinaron con un cruel anti-comunismo. Por ello la actitud del régimen respecto de la literatura socialista contemporánea pudo parecer ambigua: por un lado, no podía ignorarla, ya que los autores haitianos de más renombre como Jacques Roumain y Jacques Alexis formaban parte de esta escuela; además su ideología y la lucha que mantenían por la liberación de la clase popular no eran aparentemente tan diferentes de la doctrina duvalierista oficial. De otro lado, sin embargo, el régimen suprimió toda actividad política propiciada por el grupo socialista.

Para que una literatura socialista pudiera desarrollarse abiertamente, fue preciso una atmósfera política más liberal, condición que se dio con la partida de las tropas norteamericanas de Haití, en 1934. Este mismo año fue fundado el Partido Comunista Haitiano, cuyo primer secretario general fue Jacques Roumain. El movimiento de enero de 1946, que llevó al poder a Dumarsais Estimé, considerado como izquierdista, favoreció esta expansión.

Un primer acercamiento al análisis de la literatura socialista, en particular de la poesía social (revolucionaria), parece mostrar que las razones de su creación fueron las mismas que las del Indigenismo: las frustraciones de una joven élite intelectual que, tras la quiebra de valores tradicionales, había perdido toda orientación y toda fe en el futuro. Estos "avasallados", como ellos mismos se clasificaban, se refugiaron en la negación de todo, en la rebelión contra todo. Citemos a este respecto a René Bélance:

"Aplaudo sin reservas toda palabra que fustigue a los ídolos seculares, todo gesto de rebelión inconsiderado que tiende a demoler las bases de alguna vetusta grandeza"<sup>35</sup>.

Depestre, uno de los poetas sociales más conocidos que vive actualmente en Cuba, escribe:

"Podrido el mundo podrida la carne podrida la vida podrida  
toda cosa vista podrida toda cosa oída"<sup>36</sup>.

35) Prefacio de René Depestre: *Gerbes de sang*. Puerto Príncipe, 1947, p. 5

36) Depestre, op. cit., p. 49.

De ello deduce la necesidad de una creación nueva:

“No hablemos más  
Reconstruyamos el mundo con nuestros propios recursos”<sup>37</sup>.

Otros recordaron que al principio de la historia haitiana había habido violencia, rebelión de los esclavos explotados, una rebelión desviada de sus originales objetivos por los mulatos: “hemos visto la independencia disfrazada”<sup>38</sup>. El ideal de la joven generación fue el ignorante y violento Jean-Jacques Dessalines, antiguo esclavo y primer Presidente de Haití, cuyo grito de guerra “Corten cabezas, incendien casas” reaparece en muchos poemas de este período. Poemas que logran acercarse más al pueblo estaban a veces escritos en créole:

“Oun jou Dessalines va lévé  
toute nèg coupez têtes boulez cailles”<sup>39</sup>.

Jacques Roumain sitúa a los problemas haitianos en un contexto más amplio, abandonando el Africanismo romántico. La explotación del hombre por el hombre, explicaba, no es un fenómeno exclusivo de Haití o de la raza negra; es un fenómeno internacional que, para desaparecer, exige una acción a escala internacional. En uno de sus poemas, pone énfasis en el pasaje necesario de uno a otro estado:

“Africa he guardado tu memoria  
Africa tú estás en mí. . .”

y más adelante:

“Sin embargo  
Yo no quiero ser sino de vuestra raza  
Obreros campesinos de todos los países”<sup>40</sup>.

Si la poesía rebelde (revoltée) se diferenciaba netamente de la poesía indigenista, la novela socialista, por oposición, “salía”, por así decirlo, de la novela indigenista. La influencia de esta última se remarca particularmente en las descripciones de la vida campesina que se las encuentra también en la novela socialista, con esta diferencia: que el autor era más realista, más crítico y más comprometido. La observación menos idealista, más objetiva, de la vida campesina, mostraba que eran justamente los elementos tradicionales, la creencia en el vudú, los que mantenían a los campesinos en una actitud inactiva y reservada. Este conflicto entre los valores preconizados por el indigenismo y la necesidad de cambiar, de mejorar la vida de los campesinos, caracterizó a las nuevas tendencias de la novela. Un examen sucinto de *Gouverneurs de la Rosée* nos dará un ejemplo.

37) Ibid., p. 15.

38) Jean F. Barriere: *Le drapeau de demain*. Puerto Príncipe, 1931.

39) F. Morisseau-Leroy: *Diacoute*. Puerto Príncipe, 1953, p. 19.

Traducción: Un día Dessalines se va a levantar.

Todos los negros, corten cabezas, quemén casas.

40) J. Roumain: “Bois d'ébène”, en: *Oeuvres choisies*, op. cit., p. 152.

El primer capítulo nos muestra la vida campesina, hecha de miseria y hambre; el folklore no es más que un recuerdo vago, relegado a último término por las miserables condiciones de vida. ¿Por qué esta situación? Primero, por la falta de agua, que hizo desaparecer las cosechas; y más aún por la discordia entre los aldeanos, que favoreció las empresas y la avidez del jefe de la policía local, Hilarion. Frente a esta situación, los campesinos están resignados, incapaces de tentar salida alguna de la miseria por sus propios medios. Es cuando el autor introduce un nuevo personaje, que va a trastornar este universo estancado: se trata de Manuel, un aldeano que había dejado el país para trabajar como cortador de caña de azúcar en Cuba. Su participación en los movimientos sindicales y en huelgas le habían enseñado que los pobres, cuando se unen, constituyen una fuerza única y auténtica y que sólo la acción puede cambiar el curso de las cosas. Así se ha cumplido su toma de conciencia del rol que pueden jugar el proletariado y el campesinado pobre. De retorno a la aldea va a encontrar un nuevo surco para irrigar los campos y reconciliar al mismo tiempo a los aldeanos enemistados, no sin perder él mismo bajo los golpes de un envidioso.

Este tipo de héroe, el emigrado, con frecuencia un cortador de caña de azúcar que ha conocido en Cuba o en la República Dominicana la explotación directa de las grandes empresas azucareras y que retorna lleno de ideas nuevas, es característica de la novela calificada de "socialista" (cf. Mario en *Viejo* de Maurice Causséus, Hilarion en *Comère Général Soleil* —Compadre General Sol— de Jacques Alexis, etc. . . .). Este puede ser también un ciudadano esclarecido como Paul en *Récolte* (Cosecha) de F. Morisseau-Leroy, o la Marie-Ange en *Fonds des Nègres* (Fundo de Negros) de Marie Chauvet. Unos y otros luchan contra un cierto número de tipos sociales estigmatizados por los autores: el explotador mulato o blanco, el funcionario ávido, el campesino resignado, vuelto hacia el pasado; todos aquellos, en fin, que quieren preservar la situación política y social de Haití. En todos los casos el final del héroe es típico: perece o desaparece de la escena, habiendo alcanzado su objetivo que era el de permitir a los trabajadores tomar la posta, en una perspectiva revolucionaria.

Frente al folklore la actitud de los autores de tendencia socialista es bastante compleja: de un lado parten de la doctrina indigenista, y de otro condenan en definitiva al folklore como obstáculo para el progreso social del país. Esta evolución es característica de la segunda novela de Jacques Alexis *Les arbres musiciens* (Arboles musicales) (1957): en las dos terceras partes de la obra el autor enfatiza la descripción de la vida aldeana donde el más importante personaje es el Hougan, sacerdote del vudú. En este nivel el autor justifica así su actitud: en tanto que no haya un régimen social verdaderamente nuevo en Haití, es necesario mantener la cohesión del grupo por apego a las estructuras tradicionales, únicas garantes de la personalidad haitiana. En la última parte de la novela aparece un nuevo personaje, Caméleau Melon, un obrero emigrado de retorno a la aldea, que puede permitirse decir al sacerdote del vudú:

“Si esta casa, estos ritos y tú mismo deben desaparecer para que nuestro pueblo reviva, ¡qué importa!”<sup>41</sup>.

El es ya en efecto un Hombre Total, la representación de una nueva era que Alexis describirá en su última novela *L'espace d'un cillement* (El espacio de un parpadeo) (1959). Esta obra literaria, emocionante como lo era *Gouverneurs de la Rosée*, evoca a un hombre nuevo, el Hombre total, que no estará más expuesto a la pérdida de su personalidad, a la alienación, porque él conoce su lugar dentro de la colectividad, su tarea de obrero revolucionario; así la novela, luego de algunas disgresiones, se orienta hacia el mismo objetivo que la poesía popular: luchar por el advenimiento de un socialismo a escala internacional, que rebase el estrecho marco en el que el indigenismo estaba encerrado.

### La literatura haitiana en 1976. Algunas perspectivas

Diez años después de las investigaciones sobre las que se apoya el cuerpo de este trabajo es difícil delimitar las tendencias de la evolución que ha podido desarrollarse. Sin embargo, muchos factores inician una renovación de la vida literaria. Si se prosiguen las tendencias actuales, se podrá ver entonces un profundo cambio en la función de la literatura haitiana:

1) En número creciente, los autores haitianos llegan a publicar sus obras en el extranjero o en las sucursales en Haití de establecimientos extranjeros<sup>42</sup>. Este hecho se debe ciertamente al resurgimiento del interés por las literaturas del Tercer Mundo, y también a los esfuerzos de Francia y Canadá en favor de la francofonía. Pero igualmente se debe al hecho que el número de haitianos residentes en el extranjero no ha sido jamás tan grande: la *intelligentzia* haitiana en el extranjero es más importante que su homólogo en el mismo Haití.

Las repercusiones de estos hechos son complejos: la publicación no se hace más bajo la responsabilidad financiera del autor, sino bajo la de una sociedad comercial que examina el manuscrito en términos de mercado. El autor se orienta, entonces, menos hacia las necesidades de su país o hacia sus propias aspiraciones sociales, por tomar en cuenta preferentemente el probable éxito del libro. Para ello elegirá los temas de tendencia universal y los derechos de autor tomarán el lugar de las gratificaciones sociológicas de otros tiempos. Las consecuencias de estas internacionalizaciones son difíciles de prever, pero es de temer que no serán únicamente positivas<sup>43</sup>.

41) J. Alexis: *Les arbres musiciens*. París, 1957, p. 346.

42) Por ejemplo de René Depestre: *Alleluja pour une femme-jardin*, Leméac, Montreal, 1973; de Anthony Phelps *Et moi je suis une île*, Gallimard, París, 1968; *Amour, Colère et Folie* de Marie Chauvet, en Editions Caraïbes, sucursal francesa en Puerto Príncipe; *Fils de misère* de M.T. Colimon que obtuvo el primer Francia-Haití en 1973.

43) Las obras de Phelps y Depestre arriba mencionadas son del dominio de la narración pura sin ningún compromiso para con los problemas haitianos. Las obras de Marie-Thérèse

2) El público haitiano se interesa cada vez más por la literatura haitiana: numerosas obras son actualmente objeto de reimpresiones, en particular aquéllas que hemos clasificado como novelas costumbristas o de costumbres. La obra de Hibbert y de Lhérisson ya no son más inhallables, y la existencia de un mercado es confirmado por la multiplicación de estas reediciones.

Las razones de este cambio parecen múltiples. El impacto de la enseñanza de la literatura haitiana en el nivel de la educación secundaria, que comenzó en 1965-66, se hace sentir ahora que los primeros alumnos que han seguido esta enseñanza logran una cierta madurez y el desahogo financiero. La influencia de quienes han residido en el extranjero parece, sin embargo, más determinante. Una encuesta realizada recientemente en Francia<sup>44</sup> revela que los haitianos extranjeros leen mucho y que prefieren la literatura que los acerca a su país. Después del golpe causado por una engañosa acogida para con ellos se repliegan sobre sí misma, y el rechazo vivido adquiere la forma de una búsqueda de identidad donde la literatura juega un rol importantísimo.

3) El avance más importante es, sin duda, la extensión de la literatura en cuanto al plano de la lengua literaria. Desde el inicio de los esfuerzos de divulgación de una ortografía estandarizada del créole, en el curso de los años sesenta, y luego de los fracasos de la alfabetización del campesinado, muchos organismos han atribuido una parte de las dificultades a la falta de material de lectura, material que haría funcional el conocimiento de la lectura en créole. No teniendo los textos educativos sino un mínimo atractivo, se comenzó a producir pequeñas novelas de tono moralizante que, a pesar de sus insuficiencias artísticas, llenaban un vacío; y fueron editadas en tirajes desconocidos hasta ese entonces en Haití.

Las publicaciones mensuales editadas por la Iglesia tuvieron el mismo éxito. Allí el público mismo aportaba su contribución, llenando páginas con sus artículos. Este nivel es ignorado de manera significativa por los círculos eruditos; sin embargo traduce la existencia de una literatura popular de modestas apariencias, pero que contribuye netamente a la literatura haitiana, pues ella se destina a una parte de la población que era hasta entonces tenida al margen de todo lo escrito.

Este movimiento creolizante fue apoyado por los periódicos créoles haitianos en el extranjero. Mas el prejuicio contra el créole, en tanto que lengua de

---

Colimon y de Marie Chauvet presentan crudas imágenes de la miseria haitiana, pero no ofrecen alternativas a esta realidad que es rechazada de la manera que pinta una frase de Depestre: "... en las Américas, la peor de las desgracias era nacer en Haití" (op. cit., p. 10).

44) Roger Bastide y colaboradores: *Les Haïtiens en France*. Mouton, París, 1974. "Si los haitianos no consagran su tiempo libre a los paseos, lo reservan, parece, a la lectura. . . de entre ellos el 32 o/o reconoce preferir las novelas haitianas a las francesas" (p. 128). Compárese con las cifras que hemos recogido en Haití (Fleischmann, op. cit., p. 248 ff), que muestran que el lugar de la literatura haitiana era mucho más estrecho.

cultura y de literatura escrita, dura a pesar de las diversas tentativas, tales como la adaptación de *Antigone* o del *Cid* al créole. El público, sin embargo, “preveía la elaboración de una obra créole de más grande envergadura que los poemas, fábulas, historias, cuentos que se daban ya en esa lengua”. Esta obra llegó bajo la forma de una novela en créole de Franckétienne, *Dézafi*<sup>45</sup>, que, desde el punto de vista de la composición artística y del lenguaje nada tiene que envidiar a las obras escritas en francés. El lenguaje de esta obra es tan rico que son ahora los medios urbanos los que se hallan desfavorecidos: de la misma manera como el haitiano medio encuentra dificultad en leer una obra en francés, un miembro de la élite urbana se desconcierta frente al vocabulario de origen popular de *Dézafi*. El autor señala por otra parte que no habría podido escribir esta novela en francés y que la traducción de ellas será muy difícil<sup>46</sup>.

Es así como nuevas perspectivas se abren para una literatura haitiana no basada más en modelos extranjeros. La alfabetización popular en créole y el empleo de esta lengua por los escritores abrirá un nuevo público a la escritura.

El escritor podrá, pues, comprometerse con una literatura militante que lo absorberá, ya que ella no será más el simple juego de sociedad de una élite excluyente.

Será posible entonces que la literatura haitiana reúna, merced a su impacto, a la música y la pintura populares de Haití. ¿No es sorprendente constatar, en efecto, que la irradiación internacional de Haití no se debe a los esfuerzos de una élite para brillar en la cultura “universal”, sino a las producciones profundamente enraizadas en el pueblo?

---

45) Fardin, Puerto Príncipe, 1975. La cita es extracto de una entrevista de Franckétienne, concedida al autor de este texto que será publicada próximamente en la revista *Dérives* (Montreal).

46) Ya el título de la novela es tan poco comprensible en Puerto Príncipe que Franckétienne se ha visto obligado a explicarlo en un diario de Puerto Príncipe; *Dézafi* es una fiesta rural del norte de Haití cuya principal atracción es la pelea de gallos. En la novela el término adquiere una significación más amplia: “El *Dézafi* en el contexto del libro, es también la lucha general, el combate cotidiano del pueblo haitiano. 1804 ha sido un *Dézafi*, la lucha por la independencia también” (misma entrevista). El autor describe su objetivo así: “Con *Dézafi* hay una tentativa de recuperación de ciertas palabras, de ciertas expresiones que tienen tendencia a la extinción” (comunicación de Franckétienne).

**TABLA I**  
**Hechos de la vida cotidiana y temas literarios en Haití**  
*(de Fleischmann, op. cit., pp. 222-223)*

LOS HECHOS	LAS REACCIONES FRENTE A LOS HECHOS	INSERCIÓN DE LAS REACCIONES EN UN CUADRO IDEOLÓGICO Y LITERARIO
<b>a) <i>Antes de la ocupación</i></b>		
- Nación amenazada por los enemigos del exterior	- Invitación a la unidad	- Poesía patriótica que se torna retórica.
- Discordias internas	- Condena de las discordias	
- Necesidades de cuadros administrativos	- Apología de la educación; descripción positiva del hombre educado.	- Ideal educativo que conduce a la creación de obras literarias.
- Prejuicio racial del Blanco	- Ridículo del político inculto.	- Ideal de "civilización" y "progreso": Reniego de la descendencia africana.
- Pretensión europea de monopolizar la cultura.	- Revaloración del negro debido a la puesta en relieve de los negros europeizados.	- Rechazo del folklore como obstáculo a la civilización.
	- Imitación, presentación positiva de un comportamiento "civilizado", "francés". Rechazo de la "primitividad" de las clases populares.	- Identificación con la cultura francesa. Alienación conciente.
<b>b) <i>Después de la ocupación</i></b>		
- Ocupación del país por las tropas norteamericanas	- Aversión a los norteamericanos y a la élite "mulata"; temor a la supremacía de los norteamericanos.	- Condena general a la élite tradicional. Anticolonialismo. Anti-americanismo.
- Desfallecimiento de la economía y de la política haitianas.	- Aversión a la élite.	- Condena general a la élite tradicional. Marxismo.
- Complejo de inferioridad racial.	- Proposiciones para un mejoramiento de la economía y de la política haitianas.	- Negritud.
- Negación de la descendencia africana.	- Revaloración del negro. evocación de las antiguas civilizaciones africanas; ideal de la belleza negroide.	- "Primitivismo", como oposición al ideal de la "civilización"; folklore haitiano como verdad cultural haitiana, "vudú maravilloso".
- Negación del folklore haitiano.	- Presentación positiva de África. Búsquedas en el folklore haitiano y exaltación de sus valores.	- Marxismo, social-cristianismo.
- Escisión de la sociedad haitiana.	- Condena a los prejuicios de la élite. Descripción positiva del campesino haitiano y de una élite pro-aldeana.	